

las cosas útiles; el de la otra las agradables. No debe haber en sus razonamientos otras formas comunes que las de la verdad.

No debe contenerse la charla de las niñas, como la de los muchachos, con la dura pregunta de: *¿Para qué sirve eso?* sino con esta otra a que tampoco se puede dar más fácil respuesta: *¿Qué efecto hará eso?* En esta edad primera en que todavía no pueden discernir lo bueno y lo malo, no son jueces de nadie, y se deben imponer la ley de no decir nunca cosa que no sea grata para aquéllos con quienes hablan, y lo que hace más dificultosa la práctica de esta regla, es que siempre queda subordinada a la primera, que es no mentir nunca.

Otras muchas dificultades veo todavía, pero son peculiares de edad más adelantada. Por ahora, bátales a las niñas para agradar el decir verdad sin aspereza; y como ésta les repugna, fácilmente les enseña la educación a evitarla. Generalmente reparo, en el trato del mundo, que es más oficiosa la cortesía de los hombres y más halagüeña la de las mujeres: y esta diferencia no se ha instituído, sino que es natural. Parece que el hombre trata más de servir, y más de agradar la mujer. De aquí se sigue que, sea cual fuere el carácter de las mujeres, es menos falsa su cortesía que la nuestra, pues no hace más que explayar su primer instinto; pero cuando finge un hombre que prefiere mi interés al suyo propio, por muchas demostraciones con que envuelva esta mentira, estoy ciertísimo de que lo es. Así a las mujeres les cuesta poco ser corteses, y poco, por consiguiente, a las niñas el aprender a serlo. Procede la primera lección de la Naturaleza, y el arte no hace más que seguirla y determinar en qué estilos se ha de manifestar esta forma. En cuanto a su cortesía entre ellas, es cosa muy distinta; gastan un

estilo tan violentado y tan frías atenciones, que sujetándose recíprocamente no ponen mucho esmero en ocultar su sujeción y parecen sinceras en su mentira, porque no se afanan por encubrirla. No obstante, las doncellas mozas se dan algunas veces pruebas más ingenuas de amistad. De su edad suple la alegría a la buena índole, y, contentas consigo mismas, lo están con todo el mundo. También es constante que se besan de mejor gana y se acarician con más gracia delante de los hombres, ufanas con excitar impunemente su apetito, con la imagen de favores que les saben hacer que envidien.

Si no se deben permitir a los muchachos preguntas imprudentes, con mucha más razón se les deben prohibir a las niñas, cuya curiosidad, o satisfecha o no bien eludida, acarrea consecuencias mucho más importantes, atendida su penetración en adivinar los misterios que les esconden y su maña para descubrirlos. Pero quisiera que sin consentirles preguntas, se les hicieran muchas a ellas, que las excitaran a conversar y las provocaran para ejercitarlas en que hablasen con facilidad, que supieran hallar réplicas prontas, y para soltarles, cuando sin riesgo puede hacerse todavía, la lengua y el entendimiento. Alegres siempre estas conversaciones, mas preparadas con arte y bien dirigidas, fueran una diversión que embelesaría esta edad, y pudieran arraigar en los inocentes corazones de estas tiernas doncellas las primeras lecciones de moral, acaso las más provechosas que reciban en su vida, enseñándoles con el cebo del deleite y la vanidad, cuáles son las dotes que verdaderamente cautivan la estimación de los hombres, y en qué se cifran la gloria y la felicidad de una mujer honrada.

Bien se echa de ver que si los niños son incapaces de formarse ninguna idea verdadera de religión, con

más razón esta idea excede la capacidad de las niñas, y por eso mismo querría yo hablarles de ella más temprano; porque, si hubiéramos de esperar a que estuviesen en estado de ventilar metódicamente estas hondas cuestiones, correríamos peligro de nunca hablarles de ellas. La razón de las mujeres es una razón práctica, que les hace hallar con mucha facilidad modo de llegar a un fin conocido, pero que no les hace atinar con este fin. Admirable es la relación social de los sexos: resulta de esta sociedad una persona moral, cuyos ojos son la mujer y el hombre los brazos, mas con tal dependencia uno de otro, que la mujer aprende del hombre lo que ha de ver, y éste de aquélla lo que ha de hacer. Si pudiera al igual del hombre subir la mujer a los principios, y si tuviera el hombre como aquélla el espíritu de las menudas circunstancias, siempre independientes uno de otro, vivirían en discordia eterna y no podría subsistir su sociedad, mas, con la armonía que entre ellos reina, todo se encamina al fin común; no sabemos cuál pone más de lo suyo; sigue cada uno el impulso del otro; obedece cada cual y ambos son árbitros.

Por lo mismo que la conducta de la mujer está sujeta a la opinión pública, su creencia lo está también a la autoridad. Toda doncella debe ser de la religión de su madre, y toda casada de la de su marido. Aun cuando fuera falsa esta religión, la docilidad que sujeta la madre y la hija al orden de la Naturaleza, borra para con Dios el pecado del error. No hallándose en estado de ser jueces por sí mismas, deben admitir la decisión de sus padres y maridos como la de la iglesia.

No pudiendo sacar de su inteligencia la regla de su fe, tampoco pueden las mujeres asignarle por límites los de la evidencia y la razón; pero dejándose llevar

de mil impulsos extraños, se quedan siempre más acá o van más allá de la verdad! Extremadas siempre, todas son o libertinas o devotas, no se ve ninguna que con la piedad junte la discreción. La fuente del mal está, no sólo en el carácter exagerativo de su sexo, sino también en la mal regulada autoridad del nuestro: las costumbres licenciosas se la hacen despreciar; el terror del arrepentimiento la convierte en tiranía, y de ese modo siempre vamos muy adelante o nos quedamos muy atrás.

Supuesto que la autoridad debe regular la religión de las mujeres, no tanto se trata de explicarles las razones que hay para creer, como de presentarles con claridad lo que se cree: porque la fe que damos a ideas obscuras es el origen del fanatismo, y la que se exige de cosas absurdas conduce a la incredulidad o a la locura. No sé a qué incitan más nuestros catecismos, si a ser impío o fanático: pero necesariamente producen lo uno o lo otro.

Para enseñar la religión a las muchachas, no se la presentéis nunca como un objeto de sujeción y tristeza, ni como obligación o tarea; por consiguiente, no les hagáis aprender de memoria nada que con ella tenga conexión, ni siquiera las preces. Contentaos con rezar todos los días las vuestras en su presencia, pero sin esforzarlas a que las escuchen. Hacedlas cortas, según la instrucción de Jesucristo, y con el recogimiento y respeto que conviene; considerad que cuando al Sér Supremo pedimos atención para que nos escuche, justo es que la pongamos nosotros en lo que decimos.

Menos importa que sepan tan temprano las niñas su religión, que el que la sepan bien, y especialmente que la amen. Cuando se la hacéis gravosa o les pintáis a Dios siempre enojado contra ellas, y en su nombre le

imponéis mil penosas obligaciones que nunca os ven desempeñar, ¿qué otra cosa han de pensar sino que saber la doctrina y encomendarse a Dios, son obligaciones de chiquillas; ni qué más han de desear que ser mayores para eximirse como vos de toda esa sujeción? El ejemplo, el ejemplo; sin eso nada se consigue con las criaturas.

Cuando les expliquéis artículos de fe, sea en forma de instrucción directa, no por preguntas y respuestas. Nunca deben ellas responder sino lo que piensen, y no lo que les hayan dictado. Todas las respuestas del catecismo son contrarias al sentido común, el discípulo es quien instruye al maestro; también son mentiras en boca de los niños, porque éstos explican lo que no entienden, y afirman lo que no son capaces de creer. Enséñenme entre los hombres más inteligentes uno que, cuando diga su lección de doctrina, no mienta.

Una de las preguntas que hace el catecismo es: *¿Quién os crió y os echó al mundo?* A lo cual la chiquilla, aunque sabe que fue su madre, no obstante contesta sin titubear que Dios. Lo único que en esto ve, es que a una pregunta que entiende mal, da una respuesta de la cual no entiende una palabra.

Quisiera que un hombre que conociese bien el progreso del espíritu de los niños, compusiese un catecismo para ellos. Acaso fuera el libro más útil que se hubiese escrito, y en mi dictamen no sería el que menos honra diese a su autor. Lo cierto es que, si fuese bueno este libro, muy poco se parecería a los nuestros.

Semejante catecismo será tanto mejor, cuanto por las preguntas solas dé el niño por sí propio las respuestas sin aprenderlas; bien entendido que algunas veces se hallará en caso de hacer él también sus preguntas. Para dar a entender lo que quiero decir, sería necesario presentar una especie de modelo, y bien co-

nozco cuánto me falta para poder bosquejarle. Probaré a lo menos a dar de él una ligera idea.

Imagínome, pues, que para llegar a la pregunta del catecismo que hemos mencionado arriba, fuera preciso que empezase éste, con poca diferencia, en los términos siguientes:

La maestra.—¿Te acuerdas de cuando era niña tu madre?

La niña.—No, señora.

La maestra.—¿Pues cómo no, teniendo tanta memoria?

La niña.—Porque no había yo venido al mundo.

La maestra.—¿Conque tú no has vivido siempre?

La niña.—No.

La maestra.—¿Y vivirás siempre?

La niña.—Sí.

La maestra.—¿Eres muchacha o vieja?

La niña.—Soy muchacha.

La maestra.—Y tu abuela ¿es muchacha o vieja?

La niña.—Vieja.

La maestra.—¿Ha sido muchacha?

La niña.—Sí.

La maestra.—¿Pues por qué no lo es ahora?

La niña.—Porque se ha envejecido.

La maestra.—¿Y envejecerás tú como ella?

La niña.—No sé (57).

La maestra.—¿Dónde están tus vestidos del año pasado?

La niña.—Los han desbaratado.

La maestra.—¿Y porqué los han desbaratado?

La niña.—Porque me estaban muy pequeños.

(57) Si donde he puesto *no sé*, responde la chica de otro modo, es menester no fiarse de su respuesta y hacer que la explique con claridad.

La maestra.—¿Y por qué te estaban muy pequeños?

La niña.—Porque he crecido.

La maestra.—¿Y crecerás todavía?

La niña.—¡Ah! sí.

La maestra.—¿Y qué se hacen las niñas grandes?

La niña.—Se casan.

La maestra.—Y las casadas, ¿qué se hacen?

La niña.—Madres.

La maestra.—Y las madres, ¿qué se hacen?

La niña.—Viejas.

La maestra.—¿Conque tú te harás vieja?

La niña.—Cuando sea madre.

La maestra.—¿Y qué se hacen las viejas?

La niña.—No sé.

La maestra.—¿Qué se ha hecho tu abuelo?

La niña.—Se ha muerto (58).

La maestra.—¿Y por qué se ha muerto?

La niña.—Porque era viejo.

La maestra.—¿Pues qué se hace la gente vieja?

La niña.—Se muere.

La maestra.—¿Y tú, cuando seas vieja, cuando?...

La niña, interrumpiéndola.—¡Ah, señora! Yo no me quiero morir.

La maestra.—Hija mía, nadie se quiere morir, y todo el mundo se muere.

(58) La chica dirá esto porque lo ha oído decir; pero hay que cerciorarse de si tiene una idea verdadera de la muerte, porque no es tan sencilla esta idea; ni está tan al alcance de los niños como se cree. En el poemita de *Abel*, de Gessner, puede verse un ejemplo del modo como se le debe dar. Véase el canto segundo, en el relato de Adán, cuando Eva ve morir un pájaro. Esta deliciosa obra respira una sencillez que encanta, y en que no puede nunca empaparse lo suficiente quien haya de conversar con las criaturas.

La niña.—¡Cómo! ¿También se ha de morir mi mamá?

La maestra.—Como todo el mundo. Las mujeres envejecen como los hombres, y la vejez lleva a la muerte.

La niña.—¿Qué se ha de hacer para envejecer muy tarde?

La maestra.—Vivir con cordura cuando somos jóvenes.

La niña.—Señora, yo seré siempre cuerda.

La maestra.—Mejor para ti. Pero en fin, ¿crees que has de vivir siempre?

La niña.—Cuando sea muy vieja, muy vieja...

La maestra.—Adelante.

La niña.—Por fin, cuando una es tan vieja, dice usted que es preciso que se muera.

La maestra.—¿Conque te morirás al cabo?

La niña.—¡Ay! sí.

La maestra.—¿Quién vivía antes que tú?

La niña.—Mi padre y mi madre.

La maestra.—¿Quién vivía antes que ellos?

La niña.—Su padre y su madre.

La maestra.—¿Quién vivirá después de ti?

La niña.—Mis hijos.

La maestra.—¿Y quién vivirá después de ellos?

La niña.—Sus hijos, etc.

Siguiendo esta senda, se halla, por inducciones sensibles, un principio y un fin al linaje humano, como a todas las cosas, esto es, un padre y una madre que no tuvieron ni padre ni madre, y unos hijos que no tendrán hijos (59).

(59) La idea de la eternidad no se puede aplicar a las generaciones humanas sin que lo repugne el entendimiento. Toda sucesión numérica, reducida al acto, es incompatible con esta idea.

Sólo después de una dilatada serie de preguntas análogas estará bastantemente preparada la del catecismo de que hemos hecho mención. Pero desde aquí hasta la respuesta a la pregunta *¿quién es Dios?* que es, por decirlo así, la definición de la divina esencia, ¡qué inmenso salto! ¿Cuándo se llenará este intervalo? ¡Dios es un espíritu! ¿Y qué es el espíritu? ¿Iré a meter el de una criatura en esa obscura metafísica que con tanta dificultad penetran los hombres? No toca a una niña resolver estas cuestiones; cuando más le tocaría proponerlas. Entonces le respondiera con sencillez: «Me preguntas, ¿qué es Dios? y no es fácil decirlo: no podemos oírle, verle ni tocarle; sólo por sus obras le conocemos. Espera a saber lo que ha hecho, para juzgar de lo que es».

Si todos nuestros dogmas son igualmente ciertos, no por eso son igualmente importantes. Muy indiferente es para la gloria de Dios que nós sea conocida en todo; pero a la sociedad humana y a cada uno de sus miembros importa que todo hombre conozca y desempeñe las obligaciones que la ley de Dios le impone para con su prójimo y para consigo mismo. Esto es lo que sin cesar debemos enseñarnos unos a otros, y en esto, sobre todo, están obligados los padres y madres a instruir a sus hijos. Que sea una virgen madre de su creador; que haya parido a Dios, o meramente a un hombre con quien se unió Dios; que sea una misma la substancia del padre y del hijo, o que sólo sea semejante; que proceda el espíritu de uno de los dos que son lo mismo, o de ambos juntamente; no veo por qué ha de importar más al género humano la decisión de estas cuestiones, en la apariencia importantes, que el saber qué día de la luna se ha de celebrar la pascua, si se ha de rezar el rosario, ayunar, comer de pescado, hablar latín o francés en la iglesia, pintar imágenes

en los cuadros y paredes, oír o decir misa, y no tener mujer propia. Piense cada uno acerca de todo esto como le parezca: no sé en qué puede interesar a los demás; a mí para nada me interesa. Mas lo que a mí y a mis semejantes nos importa, es que sepa cada uno que existe un árbitro de la suerte de los humanos, cuyos hijos somos todos, que a todos nos prescribe que seamos justos, que nos amemos unos a otros, que seamos benéficos y misericordiosos, que cumplamos nuestras palabras con todo el mundo, aunque sea con nuestros enemigos y los suyos; que nada es la aparente felicidad de esta vida; que después de ésta hay otra, en la cual el Sér Supremo será remunerador de los buenos y juez de los malos. Estos y otros dogmas semejantes son los que importa enseñar a la juventud y persuadir a todos los ciudadanos: el que los impugna sin duda merece ser castigado, porque es perturbador del orden y enemigo de la sociedad. El que va más adelante y pretende sujetarnos a sus opiniones particulares, llega al mismo paradero por opuesto camino: por establecer a su modo el orden, perturba la paz; con su temeraria soberbia, se constituye intérprete de la divinidad, exige en nombre suyo los homenajes y respetos humanos, se hace Dios, poniéndose cuanto le es dado, en su lugar, y debiera ser castigado como sacrilego, aun cuando a fuer de intolerante no lo fuese.

Abandonad, por tanto, todos esos misteriosos dogmas que para nosotros sólo son palabras sin ideas, todas esas estrafalarias doctrinas, cuyo vano estudio suple a las virtudes en los que a ellas se entregan, y más sirven para hacerlos locos que buenos. Mantened siempre a vuestros hijos en el estrecho círculo de los dogmas que tienen relación con la moral; persuadidles que no hay para nosotros otra ciencia útil que la

que nos enseña a obrar bien. No hagáis teólogas ni argumentadoras a vuestras hijas; de las cosas del cielo enseñadles solamente aquéllas que siryen para la humana sabiduría; acostumbra las a que se miren siempre ante los ojos de Dios, a que le tengan por testigo de sus acciones, de sus pensamientos, de su virtud, de sus placeres; a obrar bien sin ostentación, porque en ello se complace Dios; a padecer el mal sin murmurar, porque se le ha de resarcir; a ser, finalmente, todos los días de su vida lo que quisieran haber sido cuando en su presencia comparezcan. Esta es la verdadera religión, y la única que no sea capaz de abuso de impiedad ni de fanatismo. Prediquen cuanto quieran otras más sublimes; yo, por mí, no conozco más que ésta.

En cuanto a lo demás, bueno es observar que hasta la edad en que se ilustra la razón y en que el sentimiento naciente hace hablar la conciencia, lo que es bueno o malo para las niñas es aquello que deciden las personas con quienes tratan. Lo que les mandan es bueno, lo que les prohíben es malo, y no deben saber más: de donde se colige, cuánto más importante todavía es para ellas que para los muchachos la buena elección de las personas que han de vivir en su compañía y tener en ellas alguna autoridad. Al fin llega la época en que empiezan a juzgar de las cosas por sí propias, y entonces es tiempo de variar el plan de su educación.

Acaso hasta aquí he dicho demasiado. ¿A qué reduciremos a las mujeres, si no les dejamos otra ley que las preocupaciones públicas? No rebajemos hasta este punto el sexo que nos gobierna y que nos honra cuando no le hemos envilecido. Para toda la especie humana existe una regla anterior a la opinión, y a la inflexible dirección de esta regla se deben referir todas las demás; juzga a la misma preocupación, y sólo en

cuanto con ella se aviene la estimación de los hombres, debe esta estimación formar autoridad para nosotros.

Esta regla es el sentimiento interno. No repetiré aquí lo que antes he dicho acerca de él: bástame con notar que si no contribuyen estas dos reglas a la educación de las mujeres, ésta será siempre defectuosa. Sin la opinión no les dará el sentimiento aquella delicadeza de alma que adorna las buenas costumbres con la honra del mundo, y sin el sentimiento la opinión no las hará otra cosa que falsas y deshonestas, que sustituyan la apariencia a la virtud.

Les importa, por tanto, cultivar una facultad que sirva de árbitro entre ambos guías, que no deje que se extravíe la conciencia y que rectifique los errores de la preocupación. Esta facultad es la razón. Pero, ¿cuántas cuestiones se suscitan al pronunciar esta voz! ¿Son capaces las mujeres de un talento sólido? ¿Importa que le cultiven? ¿Le cultivarán con fruto? ¿Es útil esta cultura para las funciones que se les imponen? ¿Es compatible con la sencillez que les conviene?

Los diversos modos de considerar y resolver estas cuestiones hacen que, dando en contrarios excesos, los unos ciñen a la mujer a hilar y coser en su casa con sus criadas, reduciéndola así a ser la primera criada del amo; los otros, no contentos con afianzar sus derechos, también le hacen usurpar los nuestros, porque dejarla superior a nosotros en las dotes peculiares de su sexo, y hacerla igual nuestra en todo lo demás, ¿qué otra cosa es que trasladar a la mujer la primacía que la Naturaleza da al marido?

La razón que guía al hombre para que conozca sus obligaciones es poco complicada; la que guía a la mujer para que conozca las suyas, es aun más sencilla. La obediencia y fidelidad que debe a su marido, la

ternura y solicitudes que debe a sus hijos, son tan naturales y palpables consecuencias de su condición, que sin mala fe no puede negar su asentimiento al sentido interno que la guía, ni desconocer su obligación en sus inclinaciones que todavía no están alteradas.

No vituperaría indistintamente que se ciñera una mujer sólo a las tareas de su sexo, y que la dejaran en una profunda ignorancia acerca de todo lo demás, pero fueran necesarias para eso costumbres públicas muy sencillas, muy sanas, o un método de vida muy retirado. En pueblos grandes, y entre hombres estragados, sería esta mujer muy fácil de seducir; muchas veces estribaría su virtud en las ocasiones: en este siglo filosófico se necesita una a prueba; preciso es que sepa de antemano lo que le pueden decir y lo que de ello debe pensar.

Sujeta por otra parte al juicio de los hombres, debe merecer su estimación, especialmente la de su esposo, no sólo le debe hacer amar su persona, sino también que apruebe su conducta: debe justificar ante el público la elección de su marido y honrarle con la honra que a ella la tributen. Ahora bien, ¿cómo desempeñará todo esto, si ignora nuestras instituciones, nuestros estilos y nuestro bien parecer, y no conoce la fuente de los humanos juicios, ni las pasiones que los determinan? Supuesto que depende al mismo tiempo de su propia conciencia y de las ajenas opiniones, menester es que aprenda a comparar estas dos reglas, a conciliarlas y a preferir la primera solamente cuando ambas se encuentran en oposición. Se hace juez de sus jueces, decide cuándo se ha de someter a ellos y cuándo los ha de recusar. Antes de desechar o admitir sus preocupaciones, las valúa, aprende a llegar a su origen, a precaverlas, a tornárselas propicias, pone atención en no merecer nunca el vituperio, cuando su obli-

gación le permite evitarle. Nada de esto puede ejecutarlo bien sin cultivar su inteligencia y su razón.

Vuelvo siempre al principio y me da la solución de todas mis dificultades. Estudio lo que existe, averiguo la causa y hallo al fin que cuanto existe está bien. Entro en una casa de buen trato, donde el marido y la mujer se esmeran en obsequiar a quien los visita. Ambos han tenido la misma educación, ambos son igualmente corteses, ambos de talento y gusto, ambos animados del mismo deseo de agasajar a sus amigos y de que se vayan satisfechos con ellos. No omite el marido afán ninguno para atender a todos: va, viene, da vueltas y se toma infinito trabajo; quisiera volverse todo atención. La mujer no se mueve de su sitio, un pequeño círculo se reúne a su alrededor, y le oculta al parecer lo demás de la concurrencia; no obstante, nada sucede que no distinga, no sale nadie a quien no haya hablado, ni ha omitido nada de cuanto a todo el mundo puede interesar; ha dicho a cada uno lo que le puede ser agradable, y sin perturbar el orden queda tan atendido el último de la reunión como el primero. Ponen la sopa en la mesa, se sientan a ella: el hombre, instruído de las personas que más se avienen, las colocará según lo que sabe; la mujer, sin saber nada, ya habrá leído en los ojos, en el ademán, todos cuantos se encuentran en armonía, y cada uno se hallará colocado como quisiera estarlo. No digo que se olviden de nadie en el servicio, pues el amo de casa vigila dando la vuelta, pero la mujer adivina lo que cada uno mira con gusto y se lo ofrece; cuando habla con el vecino, tiene la vista en el otro extremo de la mesa; conoce al que no come porque no tiene gana, y al que no se atrevió a servirse o a pedir por poca maña o mucha cortedad. Cuando se levantan de la mesa, cada uno presumió que sólo ha pen-

sado en él; ninguno cree que haya tenido lugar para comer un bocado, pero la verdad es que ha comido más que nadie.

Después que todos han marchado, hablan los dos de lo que ha sucedido. El hombre cuenta lo que le han dicho, lo que hicieron y dijeron aquéllos con quienes habló. Si en esta parte no siempre es la más puntual la mujer, en cambio ha penetrado lo que se dijeron al oído al otro extremo de la mesa; sabe lo que pensó Fulano, a qué aludía tal dicho o tal ademán; apenas se ha hecho un movimiento expresivo que no le haya interpretado en su mente, y casi siempre sin desviarse de la verdad.

El mismo giro de ideas que hace que se aventaje una mujer en el arte de obsequiar a los que van a su casa, hace que se aventaje una coqueta en el de embohar a muchos pretendientes. Sus tretas requieren un discernimiento todavía más sagaz que el de la cortesía, porque, con tal que una mujer sea cortés con todo el mundo, tiene lo suficiente; pero la coqueta perdería en breve su imperio con esta uniformidad sin maña: a puro querer contentar a todos sus amantes, los disgustaría a todos. En la sociedad, el buen modo que se tiene en general, a todos agrada; con tal que a uno le traten bien, nadie se enoja por no ser el preferido, pero, en materia de amor, un favor que no es exclusivo es un agravio. Cien veces más querría un hombre sensible ser maltratado él sólo, que halagado con todos los demás, y lo peor que le puede suceder es que no le distinguan. Por tanto, es preciso que la mujer que quiere entretener a muchos amantes, persuada a cada uno de ellos que es el preferido, y que sea delante de todos los demás, a quienes en presencia de él les hace creer otro tanto.

¿Queréis ver un hombre confuso? Colocadle entre

dos mujeres, con cada una de las cuales tenga conexiones secretas, y contempladle luego qué tonta figura hace. Colocad en el mismo caso a una mujer entre dos hombres, y veréis lo contrario: os maravillará la maña con que engaña a los dos y hace que cada uno se ría del otro. Ahora bien, si les manifestara esta mujer la misma confianza y usara con ellos la misma familiaridad, ¿cómo se habían de engañar un instante? Si los tratara igualmente, ¿no hiciera ver que tenían en ella unos mismos derechos? ¡Oh! ¡Cuánto mejor lo hace! Lejos de tratarlos del mismo modo, afecta portarse con ellos con mucha desigualdad, y, tan bien se compone, que el halagado cree es por ternura, y el maltratado cree que es por despecho. Contento así cada uno con su suerte, la ve siempre ocupada de él, mientras que en la realidad sólo de sí propia se ocupa.

En el general deseo de agradar, sugiere la coquetería medios semejantes; las manías no harían otra cosa que disgustar, si no las emplease con discreción; dispensándolas con arte, las hace cadenas más fuertes.

Usa ogn'arte la donna, onde sia colto
Nella sua rete alcun novello amante;
Ne con tutti, ne sempre un stesso volto
Serba; ma cangia a tempo atto e sembiante (60).

¿En qué consiste todo este arte, sino en sagaces y continuas observaciones que a cada instante le manifiestan lo que sucede en el corazón de los hombres, y

(60) Usa la mujer siempre astutos modos
Por prender en sus redes nuevo amante;
Ni el mismo rostro nunca muestra a todos,
Que a tiempo de ademán cambia y semblante.

TASSO *Gerus. lib.*, cant. IV, 87.

la facilitan que a cada secreto movimiento que distinga emplee la fuerza necesaria para suspenderle o acelerarle? Mas ¿se aprende este arte? No, que nace con las mujeres; todas le poseen, y los hombres nunca le adquieren en el mismo grado. Este es uno de los caracteres distintivos del sexo. La presencia de espíritu, la penetración, las sutiles observaciones, son la ciencia de las mujeres, y la habilidad para valerse de ellas, su talento.

Esto es lo que existe, y ya hemos visto por qué debía ser así. Las mujeres son falsas, nos dicen. Se hacen falsas. La dote peculiar de ellas es la maña y no la falsía: en las verdaderas inclinaciones de su sexo, aun cuando mienten, no son falsas. ¿Por qué consultáis su boca, cuando no es ella la que debe hablar? Consultad sus ojos, su color, su respiración, su ademán medroso, su débil resistencia: ese es el idioma que les ha dado la Naturaleza para que os respondan. La boca siempre dice *no*, y lo debe decir, mas a este *no* junta un acento que no siempre es el mismo, y este acento no sabe mentir. ¿No tiene las mismas necesidades la mujer que el hombre, sin tener el mismo derecho para manifestarlas? Muy cruel fuera su suerte, si aun para sus legítimos deseos no tuviera un lenguaje equivalente al que no se atreve a usar. ¿Ha de hacerla desdichada su pudor? ¿No necesita un arte para comunicar, sin descubrirlas, sus inclinaciones? ¡Cuánta maña no es necesaria para forzar a que le roben lo que desea conceder! ¡Cuánto le importa aprender a agitar el corazón del hombre, sin que al parecer haga caso de él! ¡Qué hechiceras razones, la manzana de Galatea y su desmañada fuga! ¿Qué ha de añadir a eso? ¿Ha de ir a decir al pastor, que la sigue entre los sauces, que sólo huye con ánimo de atraerle a ellos? Mintiera, por decirlo así, porque entonces no le atrajera. Cuanto

más recatada es una mujer, más arte debe usar, hasta con su marido. Sí; sostengo que estrechando los límites de la zalamería, hace a la mujer modesta y sincera y forma una de las leyes de la honestidad.

La virtud es una, decía con razón uno de mis contrarios, no se puede descomponer para admitir una parte y desechar otra. Quien la ama, la ama en toda su integridad; cuando puede, cierra su corazón, y siempre cierra su boca a los afectos que no debe tener. No es la verdad moral lo que es, sino lo que es bueno, lo que es malo no debiera ser y nunca se debe confesar, especialmente cuando le da esta confesión una eficacia que sin ella no hubiera tenido. Si tuviese yo tentación de robar, y tentase a otro a que fuera mi cómplice diciéndoselo, ¿no fuera rendirme a la tentación el declarársela? ¿Por qué decís que el pudor hace falsas a las mujeres? ¿Son acaso más ingenuas las que le han perdido que las otras? Lejos de eso, son mil veces más falsas. Ninguna llega a este cúmulo de depravación, como no sea a fuerza de vicios, y los conserva todos, y reinan a la sombra de enredos y mentiras (61). Por el contrario, las que aun no han perdido la vergüenza,

(61) Bien sé que las mujeres que han tomado a las claras su resolución en cierto punto, pretenden hacerse estimar por esta franqueza, y juran que, menos ésta, poseen todas las otras dotes estimables; pero también sé que nunca han persuadido sino a tontos. Quitado el freno más poderoso de su sexo, ¿qué les queda ya que las contenga? ¿De qué honra han de hacer aprecio las que han renunciado a la suya propia? Habiendo una vez dado suelta a sus pasiones, ya no tiene interés ninguno en resistirse a ellas. *Nec femina, amissa pudicitia, alia abunerit; que la mujer, perdido el pudor, a nada se niega.* TACITO, *Ann.*, IV, III. ¿Conoció jamás algún autor el corazón humano, mejor que quien esto dijo?